

Juan del Rosal

— In memoriam —

Hace unos años, en 1962, en el fascículo II del tomo XV de este mismo Anuario, escribí unas líneas cargadas de un doloroso cariño. Se trataba de la nota necrológica en recuerdo del Profesor Mezger. Allí reproducía unas palabras de una carta de un viejo amigo, que decían: «Padres, maestros y patria forman una trilogía cuyo alcance sólo se comprende con el transcurso del tiempo». Si agudo fue el dolor de entonces, más profundo es el de ahora. Si en la intimidad de mi ser se fundieron en aquel momento los sentimientos de padre, maestro y patria, mucho más siento ahora la unidad inseparable de estas tres realidades.

Juan del Rosal ha muerto. La ciencia penal española está de luto. El día 6 de noviembre de 1973 se durmió para siempre mi maestro. El primero y el último de mis maestros. El fue para mí y para otros muchos ese hombre providencial que, como en la escena evangélica del paralítico de la piscina, todos, todos, hemos necesitado alguna vez en nuestra vida. Fui ayudante suyo en Valladolid, Adjunto en Madrid y siempre, cuando la vida nos hizo separarnos, su leal discípulo, discipulado que ahora que no existe proclamo con más orgullo que nunca.

De él aprendí esa veneración sin servilismo hacia los maestros. Recuerdo como si ahora lo estuviera viviendo, nuestras conversaciones y ese acento de ternura y reconocimiento que ponía en sus labios cuando pronunciaba los nombres de don Luis Jiménez de Asúa y de don José Arturo Rodríguez Muñoz. De él aprendí un sentido universitario que nunca se apagará. De él aprendí, porque la practicó conmigo, una tolerancia sin límites, queriéndome más cuando menos lo merecía.

Quizá peque en estas líneas de un exceso de emotividad. Creo que cuando los sentimientos son nobles y sinceros nunca puede pecarse por exceso. Estoy aún bajo el efecto de un choque emocional. Cuando se viven largos años al lado de una persona hay que distinguir entre hechos y emociones. La perspectiva en el tiempo deja los hechos al desnudo. Yo no puedo todavía separar lo fáctico de lo emocional. Lo que se gana con el tiempo en perspectiva histórica, se pierde, como dice Koestler, en frescura emocional, pues es más fácil retener hechos que emociones. Los hechos quedan, las emociones se desvanecen.

En este recuerdo apasionado de la enorme personalidad de mi maestro, no puede haber sitio para una ponderación fría de su obra.

Quédese este análisis para después y para otros que no le hayan conocido. Yo no puedo hacerlo con objetividad.

Pero una cosa es bien cierta. Juan del Rosal despertó innumerables vocaciones universitarias. Basta echar una ojeada sobre el horizonte jurídico-penal español para ver que gran número de los cultivadores actuales de la ciencia penal en España han sido directa o indirectamente sus discípulos. Unos somos hijos, otros nietos espirituales suyos. Siempre acogió a todos los que se le acercaron. Conoció las mieles de la lealtad y tampoco le faltó la amargura de la infidelidad. Gozó y sufrió, esto último más de lo que muchos, que sólo lo trataron desde lejos, pueden suponer.

Con su desaparición queda un vacío en el mundo de la ciencia penal española difícil de llenar. Su increíble actividad y capacidad de trabajo maravillaba. Escribía, daba conferencias, organizaba congresos internacionales, creaba institutos de criminología, prestigió el ejercicio profesional y todo con un entusiasmo, con un espíritu deportivo, con una entrega rayana en la dispersión.

Su personalidad innegable y, por tanto, discutida, se ponía de manifiesto continuamente. No había un grupo de universitarios que se reuniese que no acabase hablando de Del Rosal.

Desde estas páginas del Anuario, del que él fue precursor fundando en Valladolid una Revista de Estudios Penales, quiero dejar constancia de lo mucho que la ciencia penal española debe a este hombre, que ha dejado tras sí una estela inabarcable de obras escritas, que no letra muerta, y un discipulado que hoy más que nunca se siente honrado con proclamar su vinculación al maestro.

Que Dios le dé el descanso que tras una vida de trabajo e inquietudes tiene merecido.

JOSÉ MARÍA NAVARRETE URIETA